

TEILHARD Y EL EXILIO

Estas líneas vienen de Chile, un país pequeño y hermoso que se halla enclavado entre la cordillera y el mar, en el extremo sur del Continente Americano.

La faz de mi patria hoy día muestra una tristeza de diez inacabables años de dictadura, con toda su inevitable secuela, y una de las llagas más dolorosas que refleja, es la del exilio de miles, de decenas de miles de sus hijos. . .

Por eso es que este tema de 'El Exilio y Teilhard de Chardin' - que con brevedad urgida por el tiempo de que dispongo, trataré de exponeros enseguida - me golpea con particular fuerza.

EL EXILIO O DESTIERRO GEOGRÁFICO

Sabemos que 'exilar' es obligar a que alguien abandone contra su voluntad, por un tiempo determinado o indeterminado, el lugar donde se encuentra habitualmente; lugar en el cual se deslizan los días de su vida con mejor o peor éxito, en la forma en que le es posible pero, junto a los que ama, en el hábitat que ha sido siempre el suyo, por lo que le resulta propicio, y en todo caso, en el lugar que le es de contornos y convivencias conocidos, y que se podría decir que forma parte de su ser mismo.

Exilio es sinónimo de destierro o de extrañamiento. En frase del poeta chileno Pablo Neruda: 'El exilio es un duro oficio.' Y el Principito dice por ahí: 'Me gusta ser viajero, pero no emigrante.'

Pareciera que siempre los hombres han sentido la propensión a este modo singular de castigo, pues ya en el relato bíblico de los orígenes del mundo, Yahvéh lo impone a nuestros primeros padres expulsándolos de su hábitat por la culpa cometida, y luego también Caín recibe trato igual como pena del crimen que cometiera. Mientras en otros ámbitos de la Historia, el astuto Ulises vaga por los mares, obligado por los dioses a deambular sobre las olas durante diez años, lejos de su hogar. A veces vemos asimismo a pueblos enteros que lloran sin consuelo el destino que viven, condenados al destierro. También vemos a hombres eminentes, como el Dante, que fueron a su vez expulsados de sus patrias.

Pero, al correr de los siglos y a medida que las toscas maneras de los hombres primitivos iban siendo suavizadas por la civilización, se iban a la vez perqueñando los 'Derechos de los Hombres,' y entre ellos apareció - solamente en nuestros días - aquel que dice que es inherente a todo ser humano poder permanecer, siempre que lo quiera así, en la tierra que lo vio nacer. Este derecho se encuentra consagrado en los artículos 9 y 13 de la 'Declaración Universal de los derechos humanos,' de 1948, a cuyo estudio cooperó el

¹ Esta ponencia forma parte del libro *Humanity's quest for unity: a United Nations Teilhard Colloquium : proceeding of a colloquium held at United Nations headquarters in New Cork, in conjunction with the opening of the 38th meeting of the general assembly: a colloquium in honour of Pierre Teilhard de Chardin* / editado por Leo Zonnevel, United Nations. University for Peace, Netherlands, 1985

mismo padre Teilhard, con un trabajo nominado 'Algunas reflexiones acerca de los derechos humanos' que escribiera a pedido de Unesco el 22 de marzo de 1947.

Sin embargo, es de todos conocida la lenta incorporación a la vida civilizada, de estos 'Derechos Humanos' que son, por antonomasia la característica principal de 'lo civilizado.' Es este un camino difícil de hacer, que requiere - y al que hemos de dar - todos nuestros mejores esfuerzos, si queremos realmente obtener la ansiada paz. Camino que empecinadamente hemos de proseguir aún cuando a veces sintiéramos como que se agota nuestra capacidad de esperanza.

EL EXILIO INTELECTUAL

Exiliar pareciera ser tan sólo separar obligadamente a un ser de su entorno habitual, de lo que ama, de lo que constituye - en la propia medida de cada cual - su alegría de vivir. Pero, yo diría que existe también otra forma, acaso más sutil de exiliar, y ella es la de separar a un ser de la posibilidad de realización de su destino, de lo que él siente que es aquello para lo cual está colocado en este mundo, en medio de los demás hombres. Impedirle vivir en el país de sus ideas, de sus pensamientos, de sus principios.

Sentir dentro de uno voz que quema como brasa al rojo, y no poder emitirla; tener ideas claras que uno ve que caerían como lluvia largamente esperada sobre el confuso ambiente circundante; evidenciar un camino - que si bien no es nuevo - llevado ahora con otro paso y otro ánimo, conduce ciertamente al objetivo verdadero. Sentir y saber que Dios le ha dado esa razón de ser a su existencia: que para eso yo vine al mundo. Tener todo esto muy claro, sabiendo que es su deber de conciencia, que debe realizarlo con plenitud, y, no obstante, verse coaccionado para no poderlo hacer, precisamente por aquellos jefes suyos en quienes ha depositado su fe de creyente y de militante. ¡Qué agudo tormento!

Este exilio intelectual es más pernicioso aún que cierto tipo de torturas físicas o que el exilio material o geográfico. Porque, si bien es cierto que no hay fuerza humana capaz de sojuzgar una idea, también es cierto que hay injustas presiones al pensamiento, a la función del intelecto, que constituyen un mortal aborto, tanto o más negativo y destructor que cualquier otro tipo de aborto provocado, y que, a la vez, puede éste ocasionar lesiones patológicas perdurables al ser que lo sufre.

Este tipo de coerción tiene, además, otra dimensión casi imposible de ponderar en debida forma, cual es la de que, al acallar forzosamente el libre discurso de un pensamiento, o al entrabararlo, se pierde - a lo mejor en forma irrecuperable - la oportunidad de debatirlo, con la secuela inherente de haberlo podido enriquecer con otros mirajes o corregirlo de posibles errores, aprovechando su núcleo de genialidad. Hans Kung lo dice sin ambages respecto a Teilhard de Chardin: '¡Qué influencia podría haber ejercido este teólogo si no se hubiera abusado tan ignominiosamente de su obediencia a la Iglesia! ¡ Y cuánto hubiera ganado su trabajo científico, superando ciertas unilateralidades, deficiencias y contradicciones, si durante su vida hubiera estado en todo momento expuesto a la crítica pública!' (¿Existe Dios? Pag. 247-9).

EL EXILIO DE TEILHARD DE CHARDIN

Pierre Teilhard de Chardin, el genial pensador francés en cuyo homenaje se realiza este

coloquio, tuvo como una de las características de su vida, soportar treinta y nueve años de exilio, en los dos aspectos que hemos destacado: el exilio geográfico o material (32 años) y el exilio intelectual (39 años). Quisiera retener la atención de ustedes un poco de tiempo para enunciar algunos aspectos dignos de consideración de este vía-crucis del padre Teilhard de Chardin.

Primeramente establezcamos detalles de su duración: el primer eslabón del drama comenzó ya en 1916. Desde entonces y continuamente hubo profunda tensión entre el jesuita y los superiores de su Orden (Compañía de Jesús) y de la Iglesia Católica (Vaticano). Este primer eslabón consistió en el rechazo del primer escrito que Teilhard presentó para su publicación, a la Revista 'Etudes' de Paris, órgano de los jesuitas franceses. En este artículo exponía Teilhard su primera visión cósmica a la luz de la teoría de la evolución. Confiesa él haber sentido muy profundamente el rechazo de este artículo, y no poder satisfacer las sugerencias para retocarlo que se le hicieron, - así lo asevera el jesuita argentino padre Quiles.

En abril de 1923 fue invitado a efectuar trabajos científicos en China, a la vera del Padre Emile Licent, en el Museo Licent de Tientsin, pero, innegablemente que fue ésta una invitación forzada, que no se podía eludir y cuya clara intencionalidad fue separarlo de su cátedra parisina, pues se consideraban peligrosas las ideas que estaba difundiendo desde ella.

A poco más de un año transcurrido, en septiembre de 1924, vuelve a Francia, y reemprende sus cursos en el Instituto Católico de Paris y sus charlas en diversos círculos de gentes. En mayo de 1925 ya se le impone el exilio en forma rotunda. Fue llamado a Lyon el 13 de noviembre de 1924, por su provincial el padre Costa de Beauregard, quien le exigió firmar una promesa según la cual no escribiría ni diría nada 'contra la postura tradicional de la Iglesia respecto al pecado original' Teilhard objetó que aquella promesa era a la vez 'demasiado vaga y demasiado absoluta.' No sin notable disgusto la firmó. Fue la única vez en su vida que Teilhard cedió a la fuerza mayor. El 13 de mayo de 1925, escribe a su amigo el padre Valensin, s.j., 'ya está hecho: me alejan de Francia (. . .) Querido amigo, ayúdame un poco. He mantenido bien las apariencias; pero, interiormente es algo que se asemeja a una agonía o a la tempestad. Es esencial que con mi ejemplo muestre ahora que si por una parte mis ideas parecen innovadora me hacen sin embargo tan fiel como nadie a la antigua actitud.'

Cronología del exilio del padre Teilhard:

<i>en Francia:</i>		◀ -----	<i>estadía:</i>	----- ▶	<i>en el exilio:</i>
<i>(1916, comienzo exilio intelectual)</i>					
1924, Oct.,	a 1926, abril - - - -	1 a. 5 ms. - - - - -			1923, abril, a sept. 1924;
		1 a. 7 ms.			1926, abril, a sept. 1930;
		4 a. 5 ms. - - - - -			
1930, Sept.	a 1931, enero - -	4 ms.			1931, enero, a sept. 1932;
		1 a. 8 ms. - - - - -			
1932, Sept.	a 1933, enero - -	4 ms.			1933, febrero a 1935 mayo;
		2 a. 4 ms. - - - - -			
1935, Mayo,	a septiembre - - - -	4 ms.			sept., a 1937 abril;
		1 a. 7 ms. - - - - -			
1937, Abril,	a agosto 6 - - - - -	4,1/2 ms.			1937, agosto a 1938 Dicc.;
		1 a. 4 ms. - - - - -			

1938, Dicc.,	a 1939, marzo 20 -	4ms.	1939, marzo 24 a 1946 mayo;
		7 a. 2 ms. - - - - -	
1946, Mayo	a 1951, junio (*) -	5 a. 2 ms.	1951, julio a 1954 junio;
		2 a.11 ms.- -	
1954, Junio	a agosto - - - - -	21/2 ms.	1954, agosto a 1955 abril.
		8 ms. - - - - -	
Total		25 a.86 ms. (= 32 años 1 ms.)	

(*) Este período incluye:

Junio 1947, Viaje a EEUU, 4 ms.

Marzo 1948, Infarto y convalecencia.

Oct. 1948, Viaje a Roma, 1 ms.

Marzo 1949, Pleuresía y convalecencia

En el cuadro que antecede he procurado mostrar los períodos de tiempo que Teilhard pasó en el exilio y los que pasó en Francia, desde abril de 1923 - fecha del primer extrañamiento - hasta su muerte. Aún cuando, como veremos más adelante, su muerte no constituyó el final de su exilio, aunque nos parezca raro.

Podemos observar en este cuadro algunas cosas interesantes, por ejemplo que la duración del exilio geográfico fue de 32 años (1923 a 1955). Dentro de este período le fue permitido volver a Francia ocho veces por un total de tiempo de 8 años y 7 Y medio meses. Generalmente estos ingresos no duraron más de 4 meses cada uno; exceptuando el primero, que tuvo 1 año y siete meses de duración, y el penúltimo que duró 5 años dos meses, pero dentro del cual realizó dos viajes al exterior de Francia por cinco meses, y pasó mucho tiempo en enfermedades y convalecencias.

Ahora bien, si quisiéramos hablar de su exilio intelectual, tendríamos que considerar 39 años de duración, partiendo de 1916 fecha del primer eslabón.

Es cierto que estos períodos de exilio resultaban fructíferos algo así como unos 'exilios mitigados' por los trabajos y exploraciones científicos que el padre Teilhard ejecutaba con placer y exitosamente. Además los aprovechaba para escribir o mejorar sus ensayos teológicos y filosóficos. El 'Medio Divino,' su obra cumbre en mística religiosa, fue trabajada en ese clima, como igualmente su maravillosa 'Misa sobre el Mundo.' Pero, no obstante, siempre añorando su tierra de Francia, siempre echando de menos 'la substancial excitación espiritual de Paris,' ya que para él 'no habrá otro campo de batalla de las ideas' (Carta de Teilhard al padre Lamaré, 1 enero 1930).

Gracias a la gran capacidad de adaptación de que estaba dotado el padre Teilhard, habría de aclimatarse a la vida china y posteriormente a la norteamericana. Cabe destacar en todo caso que supo conjugar plenamente este universalismo con un innegable y grande amor a Francia. En carta del 13 de noviembre de 1925, dice: 'Trato de conservar raíces en Paris, donde radican mi verdadera vida, la mejor posibilidad de acción y los medios indispensables para terminar mis trabajos.'

No obstante, no es menos cierto, también, que esta posición de 'exiliado' fue motivo de múltiples desagradados, sobretudo en el ambiente eclesial. Ejemplo: cuando llega a Pekin, en agosto de 1939, (cuando ya era universalmente considerado), y el padre superior de la casa jesuita donde iba a vivir, lo recibe con estas palabras: 'Reverendo Padre: es usted un

indeseable por evolucionista y por comunista. Debe regresar a Francia lo antes posible.' 'Yo no soy comunista' - le responde Teilhard; 'Pero es evolucionista y ello constituye prueba suficiente para demostrar que es comunista' le insiste el padre superior. (A la postre tuvo que quedarse con el 'comunista en el convento,' añade su biógrafo Claude Cuénot). Escuchar este recibimiento de un hermano en religión, y en el único sitio en que, hallándose en tierra extraña, podría imaginarse que se encontraba en casa propia... es cosa dura. Pero su fortaleza interior lo mantuvo siempre fiel a sí mismo, y el 17 de septiembre de 1948, podía escribir al padre Lamaré: 'Nada absolutamente me hará cambiar de manera de pensar ni me hará callar.'

Avanzada su vía, ya septuagenario y en la plenitud de su prestigio internacional, Teilhard no podía dejar de sentirse 'como un parásito' en New York, además de que echaba de menos la vida activa de Paris,' tan rica y tan densa,' por más que los jesuitas norteamericanos le dispensaran toda clase de atenciones, aún cuando no comprendiesen (o aprobasen) de qué estaba hablando, - nos dice su biógrafo Robert Speaight, jesuita también. Teilhard se las arregló para residir con ellos en su case adjunta a la Iglesia de San Ignacio, en el 980 de Park Avenue. Una pequeñísima habitación le fue concedida, pues no había otra, mas él buscó acomodo encontrando un lugar más propicio al estudio, en los locales de la Wenner-Gren Foundation, a la cual se incorporó sin que sus superiores le pusieran objeciones.

POR QUÉ EL EXILIO DE TEILHARD?

Es hora ya de que entremos de lleno a analizar las causas que motivaron este 'mal del exilio' que afectó a Teilhard tan implacable y prolongadamente. Al hacerlo nos saltan a la vista dos vertientes de origen, una: la superioridad de su comunidad religiosa, la Compañía de Jesús; la otra es la superioridad jerárquica religiosa católica romana, a su más alto nivel: el Vaticano, y más específicamente la Curia Vaticana.

A ambas instituciones -la Iglesia y la Compañía - perteneció Teilhard toda su vida y les entregó sin tase ni medida, su amor y su existencia entera, con una fidelidad abnegada que supera lo que naturalmente podría exigírsele a un ser humano, como veremos más adelante. Para mejor comprender la tragedia vivida por Teilhard de Chardin con sus superiores, quiero citar ahora como marco definitorio, algunas frases escritas por él en diversas épocas, y que revelan su pensamiento de siempre acerca de la Iglesia y de su Orden:

- '.. nada espiritual o divino puede venir a un cristiano si no es a través de su iglesia o de su orden.' (Carta a Eduardo Le Roy, 16 agosto 1925);
- 'Por razones muy diferentes a las que tenía cuando era joven, me encuentro profunda y cordialmente unido a mi Orden, como si fuera el punto natural de mi inserción en el universo. Y exceptuando el caso - muy improbable - de que me viera acorralado en una situación en la que tuviera que enfrentarme a una deslealtad intelectual, he decidido permanecer fiel a cualquier precio.' (Carta a Leontina Zanta, 1929);
- 'Nuestro cristianismo es el eje sobre el que se desarrolla la religión del futuro' (1933);
- 'Con toda evidencia, si el Cristianismo está verdaderamente destinado, como profesa y siente, a ser la religión del mañana, sólo a través del eje vivo y organizado del Catolicismo Romano podría esperar con las grandes corrientes humanitarias modernas y asimilárselas. Ser católico es la única manera de ser cristiano plenamente y hasta el fin.' (1944).

Así, Teilhard, pensó siempre.

LA COMPANÍA DE JESÚS Y TEILHARD

De las actuaciones difíciles de comprender, me resulta ser una de las más extrañas, la tomada por la Compañía de Jesús con este muy preclaro hijo suyo.

Teilhard fue un sacerdote egregio y ejemplar, que se destacó por doquier iba pasando, de prodigiosa inteligencia, de profunda humildad, con una clara visión del presente y del futuro obtenida en principio de la ciencia del pasado, en la cual fue maestro;

- fue un pensador de fuste, fijador de nuevos rumbos en el pensamiento filosófico y teológico del cristianismo actual;
- fue, a la vez un sabio, reconocido universalmente como tal en geología y paleontología, por sus investigaciones y logros científicos en la primera mitad de este siglo;
- premio Viquesnel, de la Sociedad de Geología de Francia, en 1922;
- Medalla Gregor Mendel, en 1937, Congreso de Filadelfia;
- Miembro correspondiente de la Academia de Ciencias en el Instituto de Francia,
- y de la Linnean Society de Londres;
- obtuvo el reconocimiento público y solemne, a nivel mundial, de la Unesco, en dos ocasiones; la primera de 1965, conjuntamente con Einstein, y, recientemente, en 1981, 16-18 septiembre, con motivo del centenario de su nacimiento, en un acto al que adhirió con su presencia y su discurso homenaje, el Presidente de Francia, Francois Mitterand, amén de otros connotados personeros del pensamiento y de las ciencias universales.
- Por sus actos de valor, fue condecorado por el Gobierno Francés, en la primera guerra mundial, con la Legión de Honor en el grado de Caballero (1921) y con la medalla militar (1917); posteriormente, en 1947 fue ascendido a Oficial de la Legión de Honor de Francia, por 'los sobresalientes servicios prestados a la irradiación intelectual y científica de Francia.' Lógicamente, entonces, podríamos decir que dio lustre y prestigio a la Compañía de Jesús, institución a la que perteneció durante 64 de los 74 años que compusieron su vida terrenal. En 1882 había entrado, a los diez años de edad, como estudiante al colegio jesuita de Mongré; en 1899 pasó a ser novicio de la Orden; el 25 de Marzo de 1901, escribía con inevitable júbilo: '¡Por fin soy jesuita!' El 12 de abril de 1955, en la ciudad de New York, fueron enterrados sus restos mortales en el noviciado jesuita que se levantaba en la ciudad de New York, en Saint-Andrew-on-Hudson.

Según su biógrafo, el padre jesuita Robert Speaight, 'Los jesuitas se sentían orgullosos de tener una estrella entre sus filas' (Razón y Fe, # 831, pag. 427, Madrid, 1967).

Ahora bien ¿cuál es la actitud para con él, de sus hermanos de toda una vida, que no me cabe en la cabeza comprender? Quisiera sintetizarla en cuatro puntos negativos y uno positivo:

1. Prohibición de enseñar y de recibir nombramientos honoríficos;
2. Prohibición de publicar trabajos filosóficos o teológicos;
3. Exilio de Francia, durante 32 años, en China y EEUU;
4. Actitudes post-mortem;
5. El positivo: cordial apoyo y comprensión entre muchos de sus hermanos religiosos, en vida y después de su muerte.

Sobre los tres primeros puntos, aunque muy someramente, algo ya hemos enunciado en lo precedente de este estudio, cuya extensión no deja margen para extenderlo mucho más. Podríamos advertir que ellos tienen un común origen: la audacia de pensamiento de Teilhard, que resultando tan atractiva para la mayoría de los demás seres humanos, resultaba conflictiva para la posición oficialista católica, tradicionalista 'au trance', y con lo cual necesariamente debía concordar la Orden Jesuita.

Algunos miembros de ella han querido ver en la actitud asumida con Teilhard, una solapada defensa del mismo, quien, de esta manera quedaría más a cubierto de las condenas vaticanas, que al seguir con riendas sueltas proclamando sus ideas. Podría haber sido esa la intención, sobre lo cual prefiero no pronunciar juicio; pero los hechos concretos son que se le prohibió: a) enseñar en cátedras y aceptar designaciones honoríficas, que apreciaría cualquier intelectual del mundo; b) publicar su pensamiento religioso, teológico, filosófico; c) vivir en su patria permanentemente. Esto es sojuzgar a un ser humano que no carecía de propio discernimiento ni atentaba contra la sociedad en forma alguna, que, lejos de eso merecía el universal reconocimiento.

Tampoco podríamos atribuir a la Compañía el mérito de haber entregado después de sus días - al patrimonio cultural del mundo, los escritos del padre Teilhard. Dice un biógrafo suyo: 'Los amigos que Teilhard tenía en la Compañía eran bien conscientes de que su salud era tan precaria como vivo su apetito de vivir, razón por la cual, poco antes de su partida (a África del sud), el Padre Jouve, administrador de "Etudes", la apremió a que proveyese al futuro de sus escritos. Fue consultado para ello un canonista, quien respondió que la ley eclesiástica estaba dividida acerca de la cuestión de si un hombre que ha emitido voto de pobreza tenía derecho a disponer de sus propios manuscritos. A instancias del padre Jouve y de perfecto acuerdo con su conciencia, Teilhard escogió la más favorable de estas interpretaciones y nombró a su fiel secretaria, la señorita Jeanne Mortier, como ejecutora testamentaria para sus escritos. Después de su muerte, los censores del Santo Oficio podrían obrar como quisiesen; el "Odium theologicum" no tendría ya poder alguno para hacerle daño. Su causa no sería ya debatida "in camera" y delante de un jurado prefabricado' (Speaight, Robert: 'Biografía: Teilhard de Chardin, pag. 483, Santander, 1972, Sal Terrae). Y así fue.

Presunción acerca de la posible actitud de los jesuitas? A lo mejor no, porque el destino que hasta aquí han corrido la gran cantidad de cartas de Teilhard que guardan los archivos jesuitas (700 indica Cuénot), como asimismo todo el arsenal del debate en torno suyo que mantuvo la Compañía con el Vaticano, son mantenidos en absoluta reserva, accesibles seguramente sólo a algunas contadas personas.

En cambio, la actitud personal de gran número de hermanos suyos en religión, fue de cariño y de admiración por Teilhard. No puedo omitir citar aquí algunos de ellos que representan demasiado en la vida de Teilhard para callarlos: Augusto Valensin, Pierre Charles, Cirilo Martindale, Paul Troussard, Leoncio de Grandmaison, Pierre Rousselot, Paul Doncoeur, Víctor Fontoynt, Joseph Marechal, los padres Ravier y d'Ouince, que fueron sus superiores, Le-Roy, De Lubac (ahora cardenal de la Iglesia Católica), Jouve, etc. Ellos fueron los que alentaron al padre Teilhard, le dieron consuelo en sus horas de desmayo y comprensión intelectual, y mantuvieron su fortaleza admirable en medio de la constante incompreensión que vivió de parte de sus superiores.

Además podríamos anotar aquí cientos de nombres de jesuitas que han escrito y continúan haciéndolo, en todas partes del mundo, en favor de Teilhard, estudiando sus ideas, propendiendo a su difusión, defendiéndolo de los ataques y de las malas interpretaciones que nunca faltan, sobre todo desde el sector eclesiástico tradicionalista.

También debo enunciar que, en todos lados, los jesuitas como corporación no aparecen oponiéndose a Teilhard, y le manifiestan simpatía; pero tan sólo recientemente (1965 y 1981) el superior general de ellos, padre Arrupe, apareció haciendo declaraciones oficiales y loatorias sobre el padre Teilhard.

Su exilio post-mortem

En marzo de 1981, el entonces Presidente de Francia, M. Valery Giscard d'Estaing, solicitó al Provincial de los Jesuitas de Francia, a pedido de algunos teilhardianos amigos suyos, la repatriación de las cenizas del padre Teilhard de Chardin, a su tierra de origen, con motivo del centenario de su muerte. Se proyectaba levantar en Orcines, lugar de su nacimiento, un centro de oración, estudio y perpetua memoria del Padre, en torno a sus restos mortales. El Presidente de Francia lo hizo, declarando 'que estaba enteramente dispuesto a rendirle este homenaje a nombre de la Francia.'

Las circunstancias concurrían presumiblemente a favorecer el asentimiento de los jesuitas a esta petición, ya que la antigua casa que ellos poseían en Adrewon-Hudson, en New York, en cuyo terreno adyacente habían sido enterrados los restos del padre Teilhard, había sido transferida a una escuela de cocina, del sector económico de explotación privada.

Sin embargo el Jefe de los Jesuitas franceses denegó la petición; de esta manera el ilustre jesuita, pensador y científico de fama mundial, 'privado por sus superiores durante toda su vida no solamente de todo honor, sino también del derecho esencial de ejercer su apostolado, veía rehusado por sus hermanos el derecho acordado a todo exilado, de ser devueltos sus restos mortales a su patria. (Jeanne Marie Mortier).'

La secretaria personal (y legataria de sus escritos) del padre Teilhard, dirigente máxima de la Fondation Teilhard de Chardin de Paris, Jeanne Marie Mortier, protestó en carta al Provincial de los Jesuitas de Francia, de esta manera: 'Ahora, por una última defensa de los derechos y de la dignidad del padre Teilhard - este apóstol destinado a callar un mensaje que él sabía indispensable a la Iglesia - yo debo elevar una protesta vigorosa contra el rechazo de la Provincia Jesuita de Francia, a la petición hecha por M. Valery Giscard d'Estaing, entonces Presidente de Francia, de retornar a su tierra natal las cenizas del Padre Teilhard. Este honor hubiera coronado las fiestas centenarias.'

'La respuesta que tuvo a bien dar el Padre Provincial a estas letras, no aporta desgraciadamente ningún antecedente ni elemento convincente. El padre Teilhard es comparado con el padre Ricci sin razón valedera. Este fue mandado a la China como misionero (Si bien incomprendido por sus superiores, también. . .) Sus restos fueron guardados allá amorosamente por los neófitos cristianos. El padre Teilhard tuvo como último lugar de exilio, Estados Unidos de Norte América. En consecuencia no le ha quedado más que la indiferencia de los suyos, en un cementerio desafectado.' Son palabras de Mme. Mortier, publicadas en el Bulletin # 16, pag. 3-5, de la Association des Amis de P. Teilhard de Chardin, de Paris.

La hora en que apareció Teilhard era excepcionalmente crítica para el mundo, en especial para el catolicismo que se veía acorralado entre la incredulidad de la elites, por el divorcio que se había producido entre la fe y la ciencia, y la incredulidad de las masas, que se alejaban de la Iglesia, las una porque no encontraban seducción alguna en la vivencia de su ideario y las otras porque veían en ella una cooperadora de la poderosa explotación laboral que se aprovechaba del trabajo de los desposeídos vergonzosamente. 'La crisis religiosa moderna en lo que tiene de más esencial, bajo su doble forma: científica y social. . . está situada exactamente en este aparente conflicto entre la antigua fe en un Dios trascendente y una joven "fe" en un Universo inmanente. Fe en Dios y fe en el hombre o en el Mundo' (Cristo y Ciencia, pag. 232, TDECH).

Post-guerra 1914, la 'civilización cristiana' aparecía quebrada entera, entre las ruinas de un mundo en agonía, mientras por el Oriente, como sol promisor para innumerables desesperanzados, aparecía el comunismo. No bien levantados los muros caídos, y apenas alcanzada a nacer la segunda generación que no había conocido el dolor de la guerra, los vientos materialistas del totalitarismo recorren el mundo montando los cuatro apocalípticos corceles. Y viene la Segunda Guerra Mundial. Todo esto lo vivió Teilhard; fue su mundo.

Gustó siempre Teilhard de destacar su condición de 'científico', se podría decir que hasta renegando de sus capacidades o sus intencionalidades de teólogo y de filósofo ('Filósofo a pesar suyo' lo llamó el Abate Grenet). Acaso podamos decir ahora con plena propiedad - y a pesar de la negativa de ambos gremios para incorporarlo a sus filas - que fue ambas cosas y lo fue en el grado eminente que él acostumbraba hacerlo; estimo que así lo comprueba tan sólo la persistencia de su pensamiento. W. Broker dice: 'El número de colaboraciones teológicas que discuten las tesis de Teilhard de Chardin desde su misma perspectiva, nos permite constatar hasta qué punto la teología se ha visto también afectada por la evolución' (Concilium 26, pag. 346, Madrid, 1967).

Su biógrafo más destacado, anota: 'Sueña en convertirse en el evangelista, el apóstol de Cristo en el Universo. Aspira a ser de esos hombres consagrados a la tarea de dar con su vida el ejemplo de santificación del esfuerzo humano,' y pone en su boca esta frase: ' . . . y el mejor éxito que yo pueda soñar para mi vida es el haber difundido una nueva visión del mundo' (Cuénot).

En vista de que las incursiones de Teilhard en la filosofía y en la teleología presentaban ciertas ambigüedades y presuntas incoherencias con los dogmas católicos, el Vaticano sugirió a la Compañía las prohibiciones que ya conocemos. La personalidad de Teilhard era carismática y - según lo creían las autoridades vaticanas - contagiosa. El no podía evitar influir en los otros, lo pretendiera o no. Los enemigos empezaron a cerrar filas, encabezados por el teólogo dominico padre Garrigou-Lagrange. La atmósfera de los círculos eclesiásticos de entonces recordaban los mejores tiempos vaticanos de Pio X. En 1950 Pio XII publica su encíclica 'Humanis Generis' que Teilhard definía así: 'Para una encíclica con tal título, sería difícil presentar una visión más estrecha de la Humanidad.' (Carta del 17-8-1949 a S Lemaitre).

'¿No es una situación bien extraña la mía, contarme (y estar) entre los ortodoxos y "sentir" con los heterodoxos? Espero que este dualismo sea permitido por Nuestro Señor para que yo pueda más fácilmente establecer vínculos entre éstos y aquéllos. Pero evidentemente la mía no es una situación de entero reposo interior.' (Génesis de un Pensamiento, pag. 334,

Teilhard). Su situación la tenía bien clara: 'Que me tomen como soy o que en absoluto no me tomen... voy a Roma, no a Canossa . . .,' escribía el 17 -9-1948; Y más tarde el año 1953: , ¿Cuánto tiempo durará todo esto? En realidad constantemente tengo la impresión (demasiado angustiada. . . ya me conoces) de que todo puede cambiar en mi existencia en cualquier momento. Acabar bien - te lo he dicho con frecuencia - se ha convertido en mi oración principal y en mi gran ambición.' (Carta a Marguerita Teilhard, 22 nov. 1953).

Su oración fue oída. Acabó bien, Teilhard de Chardin, en un domingo de pascua de resurrección, tal como se lo había implorado a Dios sucediera como señal manifiesta de aprobación de su línea de pensamiento y de acción. No podía ser de otra manera si tomamos en cuenta que 'la obediencia suya era - decía el padre D'Ouince, que fue su amigo y superior - tal como yo la veo, ejemplar: ni reticente, ni temerosa; generosa y libre a la vez. Aceptó sin regatear los sacrificios que se le impusieron; y, por otra parte, siempre se portó con sus superiores con esa apertura de espíritu que es el antídoto del servilismo y que complementa la disciplina religiosa de la Compañía. Sus superiores siempre pudieron contar con su absoluta docilidad, pero él siempre les expuso, sin dejar lugar a dudas, lo que creía ser indebidamente riguroso en sus decisiones, y hasta el último momento pidió una revisión de la política de prudencia que parecía contraria a su propia vocación interior y a los intereses de la Iglesia.'

Los sumos pontífices Pio XII y Juan XXIII fueron duros con él, pero la Curia Vaticana jamás consiguió que lo condenaran; solamente lograron lanzar dos 'Monitum' de advertencia contra sus libros 'que - según los Mónitums - adolecen de serios errores y contienen tales errores serios y tales anfibiológias en materias filosóficas y teológicas que resultan dañinos para la doctrina cristiana.' El primer 'Monitum' de fecha 30 de noviembre de 1957, bajo Pio XII, no apareció publicado en la 'Acta Apostólica Sedes,' como es lo habitual, y estaba firmado por el cardenal Pizzardo. El segundo 'Monitum' fue de fecha 30 de junio de 1962, bajo Juan XXIII. Obviamente, el efecto de ellos fue un éxito editorial raramente visto, un boom literario, y despertó una avidez de lectura no deseada, por supuesto, por quienes los lanzaron.

El cardenal Henri de Lubac, jesuita, escribe en la página 445 de 'El pensamiento religioso de Teilhard de Chardin': 'Muchos humildes cristianos, de cultura y condición muy diversas, entregados a tareas asimismo diversas, han encontrado en esta doctrina la orientación más adecuada para su vida espiritual.' Entre estos muchos se encuentra el que estas líneas suscribe.

'El padre Teilhard tenía la ambición desmedida, desorbitada e ingenua de llevar el mundo moderno a Cristo' (P. René D'Ouince). Le dolía que el cristianismo hubiese 'dejado de ser contagioso' (carta del 9-XII-1933) y años después escribía: 'Ahora está naciendo una gran cosa en el corazón de la Iglesia, algo que convertirá contagiosamente a la Tierra (carta del 18-1-1936), al P. Valensin); porque él 'no podría dejar de estar plenamente convencido de que la fe cristiana resonara de nuevo en el Mundo.' (Carta del 2-1-1948). Aunque, añade Teilhard, 'por una oscura razón hay algo que "no marcha" en nuestro tiempo, entre el Hombre y Dios, tal como lo presenta al Hombre de hoy...' (Fenómeno Humano, 319-332, TDECH).

'Pierre Teilhard de Chardin tiene el mérito, que nunca será suficientemente encomiado, de haber sido el primero en repensar conjuntamente la teología y las ciencias naturales de

forma genial y en provocar la reflexión conjunta de científicos y de teólogos sobre la problemática común. Las autoridades eclesíásticas, hasta hoy, no han agradecido a Teilhard su obra de reconciliación. Ni siquiera el Concilio Vaticano II se decidió en este caso, como ocurre también con el de Galileo, a dar satisfacción a este hombre equivocadamente perseguido y condenado' (Hans Kung, ¿Existe Dios? pag. 247). Y esto que 'nada de cuanto Teilhard dijo en público o en privado - y mucho de lo que él no dijo, - quedó sin ser dicho en el Concilio Vaticano II. Mucho de aquello por lo que él clamó fue incorporado o está implícito en los Decretos Conciliares. Si Teilhard viviese hoy día, aceptaría el reclamo con que resuena su nombre con toda la ecuanimidad que su modestia le permitiría, pero encontraría su optimismo vindicado por la popularidad y el progreso de sus ideas.' (Robert Speaight, 'Biografía' de TDECH, pag. 13).

'Hay todavía católicos que dudan si la religión de Teilhard era la religión de la Iglesia que él proclamaba servir; pero, si las autoridades de esa Iglesia tienen miedo de que se extiendan las ideas de Teilhard, tienen no poco que agradecer a las mismas. El "consensus fidelium" y el de los infidelium - no llega ciertamente a la unanimidad en el caso del padre Teilhard de Chardin, pero sí que ha dado una resonante respuesta a tribunales que pronuncian en secreto sentencias contra las que no hay apelación' (Ibidem, pag. 521).

Aún cuando pareciera que el Concilio Vaticano II como que hubiera redimido de culpas a Teilhard, al nutrirse tan ostensiblemente de su pensamiento en algunos de los principales puntos tratados por esa Augusta Asamblea, sin embargo la actitud oficial vaticana no es aún todo lo decidida que fuese de esperar respecto de Teilhard. Pruebas al canto: El Cardenal Casaroli, secretario de Estado Pontificio, a pedido especial del Papa Juan Paulo II, formulado desde su lecho de enfermo a raíz del atentado que sufriera, escribió con fecha 12 de mayo de 1981 una carta a monseñor Pouppard, Rector del Instituto Católico de París, con motivo del centenario del nacimiento de Teilhard. En dicha carta el Pontífice se adhería al homenaje que se tributaba a Teilhard, y expresaba loas y reconocimientos al ilustre sabio y gran católico. Como ella fuera excesivamente comentada por los periódicos franceses, mereció una pronta y entusiasta aclaración en 'L'Osservatore Romano', del 19 de Julio de 1981, que decía que las reservas que el Vaticano tuvo al expedir sus monitums contra Teilhard, se mantenían en plena validez, a pesar de dicha carta. Otras actitudes similares han durado siglos entre las vaticanas murallas, ¿por qué extrañarse?